

Isabelita Pirinpín se gradúa de maestra rural, sin una sola onda permanente en la cabeza, ni más afeites que unas cuantas lecciones de pedagogía. Su escuela está más allá de cinco pasos de quebrada y es una casilla de madera montada en socos altos. En el pueblo la enjaquiman un caballo manso, montada en el cual, Isabelita Pirinpín despierta, madrugada tras madrugada, las marimonas del amanecer. Desde las quebradas la saludan las voces salmodiadoras de las lavanderas jíbaras:

—Monona que es la maestra, mi niña doña Isabelita.

—Paese una motita de alfilerillo, mi niña doña Isabelita.

—Tíe muslito de paloma, mi niña doña Isabelita.

Cuando Isabelita Pirinpín arrepecha por la última cuesta que esconde su escuelita, hay una bandada de cotisuelos que se descuelgan de los árboles y rodean la mansa cabalgadura de la maestra, con la palabra atropellada por el contento:

—Hoy le truje una piñuela pa que se afilore la trensa, doña Isabelita.

—Aquí teño un sorsal de pata punsó pa su jaulita del pueblo, doña Isabelita.

—Miste las raíces de betónica que me le pidieron ayel, doña Isabelita.

Aunque su cartilla no le exigía muchas imágenes literarias, Isabelita Pirinpín gustaba de imaginar que la lavandera de quebrada era una rezagada de nuestra mitología india, sostenida aún por el oscuro milagro de la espuma del jabón prieto y el jibaritiño era como un pedacito de romance enderezado en dos patitas flacas.

El primer día que Isabelita Pirinpín llegó a su escuelita rural hizo el más importante pronunciamiento de su carrera pedagógica:

—Niños, yo he venido aquí a enseñarles a ustedes cómo se puede llegar a ser un buen ciudadano norteamericano.

En la escuelita no quedó una sola cara con un pedacito de risa, ni un solo pie que no se trenzara debajo del banco. En la cuesta cesaron de pronto los chirridos de los chamorros y las chirrías. Es una buena muchacha Isabelita Pirinpín.

Por tres semanas consecutivas, Isabelita Pirinpín se pasa hablando de un primoroso

país, donde los ciudadanos reciben diariamente un celestial pienso de avena cuáquera; donde los niñitos no tienen la cara terrosa como los jiguillos, sino mejillas de rubio melocotón. Si los jibaritiños vivieran allí podrían jugar entre olorosas ovejas en vez de jugar entre cabritos malolientes. Los congresistas eran como unos doctos pastores, que cochaban los imperiales vellones de su rebaño hasta un capitolino prado donde hacían graciosas cabriolas de pensamiento las cuatro libertades del hombre:

—¿No te gustaría vivir en un país así, Panchito?

—No, doña Isabelita.

—¿Por qué, tonto?

—A mí me gusta más vivir aquí, doña Isabelita.

—¡Pero es que este país es tan pequeñito!; y tú, Paulita, ¿no te gustaría tener una ovejita blanca que te acompañara todos los días a la escuela?

—A mí me gustan más los cabritos, doña Isabelita.

¡Isabelita Pirinpín no es una maestrita tonta aunque tenga algunos pájaros dentro de la cabeza! La chica se da cuenta que el jibaritiño es un tipo conflictivo de educando que está lleno de apegos sombríos. Tiene además las orejas llenas del trémulo pitorreo de la cuesta, donde aprende, en burlona competencia con el abecedario de su maestrita, el áspero silabario que san Pedrito le enseña a los clérigos, para que se rían los bobitos. Por si el conflicto proviene de un incipiente germinar de la conciencia de una vieja raza agrícola, por tres semanas más Isabelita Pirinpín se dedica a transformar los modestos predios de su ruralato en unos lustrosos manzanares, trillados por grandes tractores que abren surcos reventones que llegan más allá del horizonte. La empecinada cuesta del barrio queda convertida en una ancha carretera por donde trotan majestuosamente los mejores y más grandes agricultores del mundo:

—¿No te gustaría tener una finca como esa cuando tú fueras grande, Tomasito?

—No, doña Isabelita.

—¿Por qué, tonto?

—A mí me gustaría más la tomatara de mi paí, doña Isabelita.

—¡Pero es que aquí los tomates se dan tan pequeños!; y tú, Fidelina, ¿no te gustaría tener siempre a mano una linda manzana para merendar en la escuela?

—A mí me gustan más los caimitos, doña Isabelita.

Parece que Henry A. Wallace le cogió miedo al exagerado optimismo pictórico de la maestra porque se cayó de la mesa el campanillazo de las tres.

Sentadita en su balconcito de pueblo, Isabelita Pirinpín se pone a reflexionar seriamente sobre las experiencias de sus primeras seis semanas de maestra rural. Es una buena muchacha Isabelita Pirinpín. Por toda una media noche repasa sus notas, consulta sus circulares, reconstruye sus imágenes simplificadas, para corregir las fallas que pudiera tener su ingenua metodología.

Después que la otra media noche le prendió del mosquitero treinta caritas taimadas que pasaban burlescamente de la risa al susto, del susto a la desconfianza, de la desconfianza a la malicia, a la madrugada siguiente Isabelita Pirinpín se encajó entre sus petulantes moñitos de maestra rural una veleidosa horquillita de reformista.

Por tres semanas más Isabelita Pirinpín no habla de ningún grande país, surgido de la dilatada poemática de Walt Whitman, sino de un pequeño país donde los ciudadanos tal vez podrían recibir diariamente un terrenal pienso de maíz católico, donde los niñitos no tendrían caritas de rubio melocotón sino mejillas de cetrino caimito; cuando los jibaritiños vivieran allí podrían jugar entre cabritos ingenuos en vez de jugar entre ovejitas insolentes. Los legisladores serían como unos doctos cabreros, que cocharían las coloniales pelambres de su rebaño, hasta una capitalina abra, donde harían graciosas cabriolas de pensamiento las cuatro libertades del hombre:

—¿Y pa que silven esas cuatro libertades, doña Isabelita?

—Para salvarnos definitivamente de la tiranía, de la ignorancia, hasta de la miseria —contestó con admirable acento la maestra rural. Es una buena muchacha Isabelita Pirinpín. A fuerza de sublime ingenio, la maestra logra simplificar aún más sus imágenes para instaurar en la recelosa sesera de sus colisuelos, la inmolada utopía de América. Un mismo pájaro carpintero había construido toda la economía americana. Para que todos los hombres se sintieran iguales, la paciente ave tuvo el prudente cuidado de hacer todos los bohíos del continente con un mismo número de pajitas. Los jibarititos del barrio quedaron convertidos en graciosos emigrantes que venían de todas partes del mundo, a vivir en la linda tierra donde se habían instalado las cuatro libertades:

—Adígame, doña Isabelita, con las libertades esas, ¿naide le pué quitál la finca a mi pai?

—Se la pueden quitar, hijo —murmuró la maestra, sorprendida por la candorosa interpretación. Parece que Summer Welles le cogió miedo al imprevisto rubor de la maestra porque se cayó de la mesa el campanillazo de las tres.

Isabelita Pirinpín es una muchacha leal incapaz de estafarle un solo granito de su paz al más modesto gorrión de la cuesta. ¿Qué podía importarle a un jíbaro su derecho a la reunión pacífica si el agente federal le quitaba la finca? Para que ningún jibaritiño perdiera su finca en el futuro, Isabelita Pirinpín hace florecer por todos los sumideros de su ruralato una bien diversificada huerta, capaz de hurgarle el encanto al propio san Isidro Labrador. En la huerta de Isabelita Pirinpín las lechugas quedaron convertidas en comadres coquetonas que usaban anchas sayas verdes; la coliflor era una chismosa que hablaba mal de la espinaca; los tomates colorados le tiraban indirectas a los tayotes pálidos, los cebollines se mofaban de las cebolletas, las coles de los culantros, los ajises bravos de los ajises dulces. Hasta el limoncillo hacía chistes, para hacer llorar de risa a una berenjena que se había quedado viuda. Día tras día creció la huerta de Isabelita Pirinpín; mañana tras mañana, el primer pensamiento de todo el saloncito fue para la nueva hojita que había nacido la noche anterior. Llegó por fin el viernes en que todos los frutos y las legumbres de la huerta se arrellenaron dentro de la canasta que Isabelita Pirinpín había logrado tejer con blandos mimbres de sueño, para ir al mercado.

La canasta no llegó al pueblo porque Isabelita Pirinpín decidió que se la comieran los propios jibaritiños con el fin de mejorar su dieta. Es una buena muchacha Isabelita Pirinpín. Destapa su canasta llena de lindos símiles vegetales, y acomete con un risueño ardor la explicación de uno de los más serios problemas de la ciudadana: la dieta balanceada. La canasta grande se vacía en tres canastitas pequeñas. La canastita más flaca se llama desayuno, la más redondita se llama almuerzo, la más gordita se llama cena. Todos los días, Isabelita Pirinpín se propone depositar en cada canastita lo que debe ser la dieta balanceada de un jibaritiño al día siguiente. El desayuno, claro está, lo constituía un revoltillo de huevo con unas lonjitas de jamón, un jugo de naranjas, café, crema, hasta unos panecillos tostados:

—Qué bueno es desayunar así, ¿verdad? Todavía sentimos el gusto que deja un desayuno tan bien preparado. Pero aquí está la segunda cestita, donde está el almuerzo de mañana. ¿Qué será esto que viene tan envuelto? ¡Ah, qué sorpresa!; dos emparedados de jamón y queso, un poco de ensalada: ¡mira, Paulita, aquí están los tomates que le decían bromas a los tayotes!; un guineo con mermelada y un vaso grande de leche. ¿Quién quiere coger esta cestita para almorzar?

—¡¡Yo!! —saltaron audazmente veinte voces niñas en el primer lindero del estrago.

—Con un almuerzo así cualquier niño puede estudiar bien, ¿verdad? ¡Que lástima que los padres de Puerto Rico no se preocupen más por lo que deben comer sus hijos! ¡Qué rico sabe el guineo cuando se le unta mermelada! y el vaso de leche, ¡qué bigotito más mono le deja a los niños cuando la beben! Pero, todavía nos queda la canastita de la cena. Esta es la más gordita de las tres. Vamos a ver lo que encontramos dentro. Tú, Sunchita, ¿no sientes ganas de saber lo que hay aquí? ¡Casi nada! Una sopita de apio, un buen pedazo de carne con vegetales verdes, hasta un purruncito de arroz caliente.

¡Qué delicia! Hay otra botellita con otro vaso de leche. ¿Quién quiere coger la cestita para llevársela a su mamá?

—¡¡Yo!! —rugieron treinta voces niñas, dentro del incontenible frenesí que patalea detrás de todo milagro. Isabelita Pirinpín no pudo ocultar un pequeño mohín de soberbia ante el patético hilillo de baba que pendía de treinta boquitas convulsas. Parece que esta vez el propio Franklin Delano Roosevelt sintió asco de tanta canasta vacía, porque se cayó de la mesa el campanillazo de las once. Cuando Isabelita Pirinpín toma la pluma para escribir un comentario sobre el método empleado, se da cuenta que hay cuatro de sus cotisuelos bostezándole al suelo:

—¿Qué hacen ustedes ahí, niños? ¿Por qué no se van a almorzar?

—Nojotros no tenemos aonde almorsal, doña Isabelita.

—¿Cómo? No, no es posible. ¿Y los otros niños?

—Están pol la cuesta a vel si consiguen unas frutas.

—Pero ustedes no pueden estudiar si... ¿Qué desayuno toman antes de venir a la escuela?

—Café puya, doña Isabelita.

—Y...

—Pol la taldesita nos dan funche con bacalao o un guiso de gandules con yautía.

Los ojos de Isabelita Pirinpín tienen que mover cien veces las sensuales alas de sus pestañas, para que las lágrimas no le roben el poco de respetabilidad que el espanto aún le ha permitido a sus mejillas. Ya no son las piernas las que se le resisten a soportar el peso de su cintura. Es que la cintura no le aguanta los hombros, ni los hombros la cabeza, ni la cabeza la moñera, ni la moñera la veleidosa horquillita de reformista. Es una buena muchacha Isabelita Pirinpín. Saca de su modesta fiambrerilla de maestrita rural unos emparedados, dos huevos cocidos, el guineo, la mermelada, el sazonado café de su propia dieta y durante media hora se dedica a alimentar a los cuatro desgraciados, a quienes había logrado deslumbrar con la succulenta descripción de una dieta balanceada. Aquella tarde aunque la cuesta la está esperando para vapulearla seriamente, Isabelita Pirinpín llega al pueblo casi sin sentir la linda matadura que empieza a mancharle una de sus blancas nalgas.

Sentadita en su balconcito de pueblo, Isabelita Pirinpín siente que una tímida nubecilla le camina por la conciencia; ya no es el ingenuo temor, que a veces suele nublarle el entendimiento a una maestrita rural, de que en ella fracase la pedagogía.

Lo que tiene realmente preocupada a nuestra maestra rural es la desproporción que empieza a notar entre su cartilla, prometedora de todas las bienandanzas terrenales, y un jibaritiño depauperado. Aunque su cartilla no le exigía muchas imágenes literarias, Isabelita Pirinpín llega a concluir que el jibaritiño es un niño hambriento sostenido por la exuberancia de un paisaje. Isabelita Pirinpín empieza a descubrir, en el paisaje que rodea a su escuelita rural, un valor moral superior a su ovejita de trapo y a su manzana de cera. ¿Por qué había que robarle a su arisco educando los símbolos poéticos que fascinaban su alma de niño, haciéndole olvidar la miseria que le rodeaba?

El próximo lunes, Isabelita Pirinpín llega a su escuelita rural en plan revolucionario. Ha comprado en el pueblo una caja de tizas de color; empieza a llenar su pizarrita de pajaritos nativos que miran a los jibaritiños con ojillos maliciosos. San Pedrito, emocionado, se tira de la cuesta para prestarle a la maestra el áspero silabario con que ha enseñado a chillar a treinta generaciones de clérigos y bobitos. Tiene que salir huyendo la blanca oveja de María ante los cabezazos que le propina el díscolo cabrito de Paulita. Se silabea con el amoroso glú glú de las chorreras, con los unicordes chirridos de las chiririas, con el dulce mugir del viento alrededor de la negra lora. Parece que el inspector se olió algo, porque se presentó de inspección, a la semana siguiente.

El inspector encuentra que la escuelita está un poco revuelta, que el novedoso intento de la maestra de buscar equísonos en la fonética agreste de la cordillera, crea en la lectura algunas guturaciones disonantes; pero el inspector se encuentra con la agradable sorpresa de que Isabelita Pirinpín es la maestra más mona que tiene todo su distrito. Algún que otro momentico, mientras hojea la minuta de las observaciones diarias, sus comedidos párpados gordos se fijan inquietos en la endeble figurilla de Isabelita Pirinpín: ¿Será posible que se hubiera colado en el departamento una tórtola socialista? Pero la mirada de Isabelita Pirinpín es tan limpia, está tan llena de lealtad su alma de marisabidilla, que el inspector sonríe tranquilizado:

—Estas observaciones tuyas sobre la dieta balanceada no le van a gustar mucho a la superintendente de Economía Doméstica.

—Pero es que usted no sabe lo horrible que resulta en la práctica la divulgación de esa dieta.

—Comprendo, comprendo. Además esa cosa de las tres canastitas, a mí siempre me ha parecido un poco ridícula; tan ridícula como los renglones de la ovejita blanca que son obra mía.

—Perdone usted. Yo no sabía...

—Oh, no tiene por qué apurarse. Mi vanidad en esto no podría pasar más allá de la de un mero copista. Su nota última sobre la necesidad de respetar en el niño jíbaro su

sentimiento de la naturaleza me ha impresionado mucho. Yo le prometo estudiarla con toda sinceridad y le mandaré mis comentarios por correo.

Después que Isabelita compartió con él su modesta fiambrerilla de maestrita rural, todavía el inspector se portó más afable:

—En lo que hay que insistir es en los problemas de la higienización, y claro, en el inglés. Esto del inglés es muy importante para el Departamento. Hay apropiaciones cuantiosas que dependen de eso. ¿Usted me entiende?

—Entiendo, sí —contestó con oficial emoción la subalterna, agradecida de la confidencia. El inspector se marchó encantado de su inspección. Aunque la mocosilla tenía algunas ideas peligrosas sobre educación rural, parecía una muchacha discreta, capaz de agradecer una buena marca. Luego aquellos moñitos apretados y aquellas pestañas sensuales todavía hacían más interesante el caso bajo observación. Por su parte, Isabelita Pirinpín no pudo menos que alabar al exquisito tacto de aquel hombre, que podía encaramar un dril blanco hasta un barrio de Puerto Rico sin que se le pronunciara una sola arruga. Su curiosidad de mujer tuvo tiempo de observar que a fuerza de vaselina el inspector había salvado de su grave compostura, una onda pestolásica que lucía bastante bien en la cabeza de un educador.

No hay maestrita rural que no viva dinamizada por la palabra docta de su inspector. A la mañana siguiente, Isabelita Pirinpín llega a su escuelita decidida a higienizar cuanto barrio tuviera que cruzar su linda matadura. La maestrita rural pronuncia en aquella ocasión una de sus más emocionadas arengas. Hasta los camarones de la quebrada salieron a la orilla a aplaudir aquella hermosa pieza de nuestra pedagogía rural. Un ciudadano norteamericano, orgulloso de su ciudadanía, tiene que ser un cuerpo limpio que viva pendiente del inmortal efluvio de civismo que despiende una ducha:

—Pero es que en el barrio no jay aonde bañarse, doña Isábelita —se atrevió advertir tímidamente un cachombroso de la última fila. La inoportuna aclaración le recuerda a Isabelita Pirinpín que la ducha era tal vez una licencia poética demasiado abstracta para la zona rural de Puerto Rico. Pero su alma se siente tan agradecida al exquisito tacto del inspector, que no han de pasar tres segundos sin que la maestrita empiece a situar los flacos cuerpecillos de sus jibaritiños entre todos los saltos de agua o los líquenes empozados de las quebradas. Esta vez los que rompieron a aplaudir fueron los caracolitos conductores de la bihlarzia, soñando con la succulenta ración de hígado tierno que les depararía nuestra escuela rural.

El primer día de inspección, Isabelita Pirinpín se encontró con la matrícula a mitad y la otra mitad, cada uno con la sanguijuela del susto pegada del dedo grande del pie. La maestrita empieza su requisitoria con una dulzura inexorable: registro individual de uñas, sarro, legañas, amén de una inquieta mirada a la cerilla y a la piojera:

—¿Por qué siempre llevas el ombligo por fuera? —le pregunta a uno de los más espigados.

—Es que me ha crecido la barriga y se me ha queao la bombacha.

—¡Pues tienes que ponerte otra, hijito! —le ordenó la maestra, casi en un grito. El jibaritiño bajó la cabeza con un estupor inexplicable. Hasta ese momento el jibaritiño no había tenido oportunidad de pensar que él es uno de los pocos niños que habitan la tierra que cuenta con una sola bombacha para todo un curso. La maestra ha dicho una de esas cosas irremediables que después duelen toda una vida. Es una buena muchacha Isabelita Pirinpín. Coge al confuso jibaritiño y lo estruja contra su corazón, le estampa en la cara a medio lavar cuatro besos aromados y logra a través del bonito remiendo que siempre puede hilvanar, en el corazón de un niño jíbaro la piedad de una maestra rural, que el jibaritiño le perdone la necia crueldad que le ha hecho cometer la nueva circular de su departamento.

Descenso doloroso de otra tarde en que la matadura del alma apenas permite que se sienta, la matadura de una nalga blanca. Ha roto la quietud del paisaje la misma orquística trivial de los chamarros y las chirirías; en cada gancho hábil hay un zorzal de pata punsó enarcando su letra colora. Sin embargo, a Isabelita Pirinpín cada colgante de la cuesta le parecía una mano enemiga, que quería derribarla hacia atrás, para desnucarle todo su lindo ardor de marisabidilla.

Sentadita en su balconcito de pueblo, Isabelita Pirinpín no puede olvidar la carita del jibaritiño abochornado. Una desazón superior a su modesto intelecto de maestra rural, la tiene sujeta a una interrogación lacerante: ¿Cómo podría ella higienizar a un niño vestido de harapos, que vivía hacinado dentro de un bohío angosto, rodeado de aguas contaminadas? ¿Cómo era posible que el inspector no se hubiera dado cuenta del fondo de miseria que circundaba a la escuelita rural de Puerto Rico? El inspector había asentido a algunas innovaciones. Tal vez el inspector podría asentir otra vez. A lo mejor él sabía también de la inutilidad sangrienta de vestir a un niño hambriento con el suntuoso ropón de la ciudadanía más lujosa que conoce el mundo. Si al menos ella pudiera hablar de esta nueva desproporción con su inspector. Aquella noche es la primera noche que Isabelita Pirinpín se acuesta sin saber cómo va a empezar sus lecciones al día siguiente.

Pero al día siguiente, como todos los días, Isabelita Pirinpín tiene que arrepechar por la única cuesta que esconde a su escuelita, y como todos los días hay una bandada de cotisuelos que se descuelgan de los árboles con la palabra atropellada por el contento:

—Miste lo que le trujimos hoy, doña Isabelita.

—Es el primer Julián Chiví que llega este año, doña Isabelita.



—Lo demos cogió picoteando un gajo de calambreñas, doña Isabelita.

Isabelita Pirinpín toma en sus manos al timorato pajarillo como si fuera la respuesta providencial a uno de sus más insondables problemas de maestría rural. Esa misma mañana, Isabelita Pirinpín le informa a su clase la maravillosa noticia que este año ha traído Julián Chiví.

Como sabían todos los jibaritiños de Puerto Rico el Julián Chiví es un terrible andariego. El último septiembre que el pajarillo salió de Puerto Rico, sintió curiosidad por ver tierras nuevas y volando, volando, vuela que te vuela Julián Chiví, llega a una majestuosa ciudad que parecía hecha de mármol. Julián Chiví es un pájaro curioso que se pasa todo el día curioseando aquella hermosa ciudad que él no había visto nunca. Cuando llega la noche, Julián Chiví cae extenuado a los pies de un obelisco. Julián Chiví cree que va a morir, busca entre las nubes la estrecha puertecita por donde los pajaritos suelen entrar en el cielo. De pronto, Julián Chiví ve que se le acerca un noble señor, que tiene el pelo tan blanco como el almidón y usa un corto calzón de raso. El noble señor toma entre sus dedos amistosos al pobre Julián Chiví, lo calienta, lo acaricia:

—¿Quién es usted, señor, que con tanto cariño me trata? —le pregunta el asombrado pajarillo al noble señor.

—Yo soy Jorge Washington y esta es mi ciudad, pajarillo. Como sabes volar tan bien, quiero decirte unas palabras para que tú se las digas en mi nombre a todos los jibaritiños de Puerto Rico. Yo te pido, Julián Chiví, que les digas a los niñitos de los campos de Puerto Rico que es mi deseo que todos ellos aprendan inglés, para que cuando vengan a mi ciudad, yo pueda hablar con ellos.

¡Ah el inglés! Hasta los pajaritos de la cuesta debían aprender inglés. Ningún niño podía sentirse libre si no hablaba inglés, porque el inglés era el idioma de la libertad. Ningún jibaritiño tenía que cogerle miedo a los múcaros si hablaba inglés, porque el inglés era el idioma de los fuertes. Es una buena muchacha Isabelita Pirinpín. Por semanas y semanas su santo ardor de marisabidilla ha vuelto a componer imágenes, ha rebuscado vocablos, ha echado a volar garzones, vencejos y guabairos, para que cuando venga el inspector, Panchito o Paulita puedan recitar esas inefables cuartetas con que los jibaritiños de mi país aprenden el inglés. Isabelita Pirinpín se da cuenta que día tras día algo armónico se va rompiendo dentro de su saloncito de clase. Ya no era la graciosa pugna de un habla contra una lengua, dentro de una misma aspiración lingüística, donde trata de imponer su estilística tosca un lenguaje transmitido; ahora lo que había era el forcejeo de un idioma contra otro, tratando de apoderarse del espíritu de un niño:

—Pero, ven aquí, Panchito, ¿por qué no tratas de pronunciar mejor?

—Es que el inglés ese me da un gagueteo y un desasosilio que ya no entiendo ná de ná.

Con una gran sorpresa, Isabelita Pirinpín descubre que el jibaritiño se defendía del inglés como un dislocamiento. Parecía imposible que aquel diminuto ser, que todo lo había perdido antes de nacer, defendiera un idioma con tan misteriosa contumacia. El jibaritiño tartamudeaba amoscado, con el pescuezo molesto por una preocupación que no provenía únicamente de la dificultad del texto, o de la novedad de la palabra, sino también de la repugnancia de una conciencia arcaica de hacer una doble permuta de las ideaciones seculares de su vernáculo:

—Por Dios, Paulita, ¡cómo es posible que una carita como la tuya no se alegre con esta palabra tan bonita! Fíjate bien: flower, flower. ¿Tú sabes lo que es eso, verdad?

—Será una flol.

—¿Por qué, pues, no te gusta esta palabrita? ¡Piensa en las flores que nos rodean! ¡En esos ramos de astromelias que me trajiste ayer! ¿No te recuerdan esta simpática palabrita del inglés?

—No, doña Isabelita.

¡Ah, el inglés! Bien lo había expresado con su ingenua palabra el imbecilizado jibaritiño que no lograba pronunciarlo: en aquel saloncito se había desatado tal gaguera y reinaba tal desasosiego que algunas veces el propio Harold L. Ickes tiraba violentamente por la ventana el campanillazo de las tres.

Isabelita Pirinpín apenas tiene alas con que volar sobre la hostilidad que la rodea. Solo la palabra cordial, ennoblecida con la confidencia oficialasca de su inspector, la tiene en pie. Acostumbrada al habla cariñosa de sus jibaritiños, sufre como una condenada, viendo los ojillos miedosos que ahora la miran desde unas caritas torcidas. Cuando pasa por la cuesta, los zorzales de pata punsó le vuelven la espalda despectivamente. Hay cuatro quebradas que han dejado de saludarla. Una tarde, sin embargo, el ultraje fue mayor; desde la copa de los árboles más altos, unas vocecillas familiares enhebraron este diálogo burlón:

—¿Tú no conoses a Guasintón

Uno que come salchichón?;

—Yo conosco a Juan Cintrón

Uno con pasa de tiburón.

—¿Tú no conoses a Guasintón

Uno que come salchichón?;

—Yo conosco a Juan Cintrón

Uno que come chicharrón

—¿Tú no conoses a Guasintón

Uno que bebe agua de limón?;

—Yo conosco a Juan Cintrón

Uno que bebe agua con ron.

Isabelita Pirinpín recibe la ofensa de que ha sido víctima su heroico imaginismo, con una resignada compunción. De sus sensuales pestañas se desprende una lágrima que rueda hasta la beatífica crin de su mansa cabalgadura. No bien aparece esta primera lágrima en su carita cansada, cuando todo el paisaje que la rodea tiembla de sincero dolor. Los cotisuelos arrepentidos se descuelgan de los árboles y lloran agarrados a las floridas piernas de su maestra. Los pajaritos benéficos de la cuesta, revoltean en torno de ella, llenándole la moñera de tiernos arrumacos. Hasta san Pedrito le promete aprender inglés, para ayudarla a terminar con la gaguera que se ha apoderado de su saloncito.

Pero ya el desconcierto que camina por la conciencia de Isabelita Pirinpín es de tal espesor, que no logran restablecerle su paz la candorosa adhesión del paisaje, ni de las almas. El resto de la tarde Isabelita Pirinpín le suelta la rienda a su caballo manso, y deja que por su noble angustia de maestra rural, cabecee largamente el abierto contrasentido que existe entre su cartilla de maestra rural y el mundo empobrecido que la rodea. Los pinceles voraces de crepúsculo la están esperando para complicarle su pequeña lealtad de reformista con una proyección de imágenes brutales. Por la cresta espinosa de una cordillera, Isabelita Pirinpín ve una legión de hombres pálidos que caminan, arrastrando penosamente una carga de hijos hambrientos que llevan agarrados al pescuezo, a los hombros y a las piernas. Todo el fulgor del crepúsculo no es suficiente para colorear estas figuras trashumantes, que le sirven de famélico andamiaje, a la mortal pesadumbre de un desahuciado. Los hombres caminan en silencio, buscando con ojos enloquecidos un pedazo de tierra donde aposentar la tremenda carga de hijos que les acompañan. Los niños tienen la cara terrosa de aquel que no conoce otro alimento que no sea el café puya, el funche con bacalao, o el guiso de gandules con yautía; sus cortos bombachos raídos dejan al descubierto un ombligo deforme. Las nubes empiezan a alarmarse de la crudeza del cuadro que desfila frente a los bonitos ojos de la maestra rural. Las nubes tienen el suficiente poder en un

cielo del trópico para dibujar las más mentirosas linduras. Sin embargo Isabelita Pirinpín tiene los ojos fascinados por la espeluznante marcha de los hombres sin tierra. La maestra rural empieza a reconocer algunas caras de los hijos que van agarrados al pescuezo de los hombres. Es necesario que todo el cielo se estremezca de ira, para que los hombres lleguen a una cuesta donde ya las nubes no podrán tragárselos. Isabelita Pirinpín ve los hombres derrengados que caen de rodillas sobre la cuesta. Los niños lloran de hambre alrededor de los padres exhaustos. San Pedrito lanza un grito desesperado, llamando en auxilio de los derrengados a todos los pajarillos de la cuesta. Desgraciadamente cuando los pájaros acuden, solo traen unos granitos de calambreñas para alimentar a los niños.

Con un severo pavor, Isabelita Pirinpín se da cuenta que las linduras mentirosas de las nubes han perdido una batalla en su pequeño corazón de maestra rural, que en aquella tarde se ha sellado una extraña alianza entre ella y la miseria que rodea a su escuelita rural. Hay un pedazo de su corazón, austeramente alborotado, que ya no le permitirá ninguna complicidad en el jugueteo que se trae su cartilla con el alma de un niño hambriento, a quien se deslumbra con manzanitas de cera, ovejitas de trapo, canastitas vacías y pajaritos migratorios, para que su pequeña conciencia agrícola arranque las raíces que aún tenga sembradas en la tierra y no piense más en el rescate. Todo el interés era producir en masa un jibaritiño bilingüe que pudiera entender la voz de un capataz en dos idiomas, aunque viviera en el fanguito de San Juan o en el pulguero de Harlem. Para Isabelita Pirinpín era clara la obligación moral de su escuelita de sostener la vieja conciencia agrícola del jibarito. Había que volver a asociar el jibaritiño con la tierra para hacer posible el rescate. El raid poético la tiene exaltada. Tal vez esté un poco amedrentada de su propio hallazgo. Tal vez necesite de alguien que le diga que no está tan llena de pájaros su cabeza como ella teme que esté.

Por eso cuando se le aparece el inspector, con su espejeante dril blanco y su adusta honda pestolásica, el inspector le parece un arcángel almidonado que ha descendido del mismo cielo calenturiento de su último raid para aconsejar a una maestra rural. El inspector viene con un cuco automóvil de dos asientos a llevarse a la maestra más mona de su distrito, a dar un paseo por esos caminitos oscuros, entretejidos de flamboyanes, que tan bien le sientan a los agobiados nervios de un inspector. Isabelita Pirinpín está soñando y no se da cuenta que los ojos de su inspector empiezan a mirarla con un poco menos de comedimiento entre los párpados gordos; la chica se echa un chal por los hombros, y se marcha con su compañero de profesión a informarle de su último hallazgo:

—Me he convencido que nuestro plan para las escuelas rurales tiene que sufrir un cambio radical.

—¡Pero, Isabelita!, compadézcase usted de mí. ¿Cómo pretende hablarme de eso en una noche tan bonita?

—Usted tiene que saber de estas cosas más que yo; usted no sabe lo que yo he sufrido tratando de... usted... —Isabelita Pirinpín se encuentra con la boca sellada por uno de esos besos glotones que siempre tiene a mano un inspector, para que le agradezcan su marca. El rubor de la endeble mujercita es tal, que siente que se le van incendiando una por una las trescientas puntas perfumadas que tiene el alfilerillo de su pequeña carita. Por un momento, se siente ella otra alma descalza que camina de un extremo a otro de la cordillera, atada al tobillo por la misma miseria que arrastran sus jibaritiños. Es necesario que la noche proteste, que los luceros indignados amenacen con una huelga, que la campana de la universidad empiece a voltear como una loca, para que Isabelita Pirinpín reaccione al mínimo derecho constitucional que tiene toda mujer de ser besada solamente por el hombre que a ella le guste. Aunque la chica huye indignada del cuco automovilito, algo profundo se ha desmoronado dentro de ella, algo muere para siempre de su confianza juvenil, de su linda lealtad de reformista, de las nobles inquietudes de su modesto intelecto de maestra rural. La venialidad del inspector le demuestra que toda la tolerancia, el exquisito tacto del inspector, no tenía otro fin que el de procurarse para sus glotones labios la vulgar gracia mujeresca de unos cuantos besos comprados.

Al final del curso Isabelita Pirinpín tuvo una marca deficiente. El inspector la acusó de haber pretendido desprestigiar, en el alma de sus educandos, la augusta confianza que todo jibaritiño bilingüe debe sentir por su ciudadanía.

Las cinco quebradas siguen en el mismo sitio: en ellas todavía hay voces de lavanderas jíbaras que salmodian al paso de la maestra rural:

—¡Monona que es la maestra rural, mi niña doña Isabelita! —solo que ahora lo dicen más por piedad que por entusiasmo. Porque van dirigidas a una Isabelita Pirinpín que tiene hondos manchas de sol en su cutis de alfilerillo, cuatro callos en cada nalga, y una fatiga tan grande en el alma, que los que conocimos a la maestra como una de las criaturas más monas que tenía nuestra universidad, cuando la vemos hoy nos parece un espectro, una empobrecida más en este trágico platano de empobrecidos que se llama Puerto Rico.